

CAZADOR DE FARSANTES

Cristian Perfumo

CAPÍTULO 1

En la foto había unos treinta adolescentes formados como si fueran un gran equipo de fútbol. Los de la fila de abajo sostenían una bandera que decía “Colegio Provincial Número 3 – Quinto año – 1999”.

—Es ella —dije, señalando una chica alta y rubia en la fotografía—. Se llamaba Carina Alessandrini.

—¿Se llamaba?

—O se llama, no lo sé. Por eso vine.

—¿Viniste a que te diga si Carina está muerta?

Levanté la vista de la fotografía y me acomodé los anteojos de marco grueso. Eran pesados y me resultaban incómodos. Del otro lado de la mesa de vidrio me observaba una mujer de pelo muy corto teñido de violeta. Una blusa negra cubría su figura corpulenta.

—Carina y yo fuimos novios durante los últimos años de la secundaria. Después ella se fue a estudiar a Buenos Aires y yo me quedé en Comodoro. Nunca más la volví a ver.

—Supongo que querés que te ayude a encontrarla.

—Dicen que usted es la mejor en toda la Patagonia.

—Hago lo que puedo —se sonrojó la mujer—. Imagino que habrás intentado por medios más... tradicionales.

—Sí. Fui a la casa en la que vivían sus padres, pero cambió de dueños hace años. También probé en Internet, y nada.

Hice una pausa y recorrí con la vista la habitación, iluminada apenas por unas cuantas velas encendidas. Los estantes en las paredes estaban llenos de libros, pequeñas figuras talladas en madera y varias canastas de

mimbre. Sobre la mesa que nos separaba había un cuenco con agua. Dentro de él flotaba un platito de madera en el que se quemaba un incienso, impregnando la sala de olor a mirra.

—Hace días que tengo el presentimiento de que Carina está cerca. Yo nunca creí en estas cosas —dije, señalando a nuestro alrededor—, pero esta vez siento algo diferente. No sé cómo explicarlo, es como si supiera a ciencia cierta que ella está en Comodoro. Cada vez que voy al centro, tengo la sensación de que en cualquier momento me la voy a encontrar.

La mujer posó su mano repleta de anillos sobre la mía, que todavía señalaba la foto.

—Yo te voy a ayudar —dijo con tono amable.

—¿Cuánto me va a costar?

—Por eso no te preocupes —agregó chasqueando la lengua y me dio dos palmaditas en el dorso de la mano—. Con que me des para comprar los materiales, ya puedo empezar el trabajo. Después arreglamos el resto.

La mujer se levantó con dificultad de su silla y rodeó la mesa, dirigiéndose hacia los estantes en la pared. Revolvió en una de las canastas de mimbre y volvió a su asiento con varios objetos en la mano.

Apoyó sobre la mesa de vidrio unas tijeras, una polvera de mujer y dos velas, una roja y otra negra. Luego hurgó en uno de los bolsillos de su blusa y me extendió un encendedor.

—¿Estás listo para recuperar a Carina?

—Sí —respondí, e inspiré hondo.

—Quiero que sostengas la vela roja con la mano izquierda. Así, muy bien. Ahora encendela y hacé un círculo de gotas de cera alrededor de la cabeza de Carina —agregó, dando un golpecito en la fotografía con la uña roma de su índice.

Hice lo que me indicó y, mientras las gotas de cera roja rodeaban a Carina, la mujer dijo en voz baja una oración rápida. Cuando completé el círculo, concluyó su

rezo cerrando los ojos e inclinándose sobre la mesa para apagar la vela con sus dedos.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo, y empujó las tijeras hacia mí—. Recortá la foto por el círculo de cera y poné la cara de Carina acá adentro.

Abrió la polvera y la dejó frente a mí.

—Y una vez que hagas eso, vas a cerrarla y sellarla con nueve gotas de cera negra.

Volví a oír el rezo bajo y rápido apenas las tijeras comenzaron a cortar la fotografía. Cuando cerré la polvera y encendí la vela negra, su voz se hizo más audible. Y con cada gota de cera oscura que dejé caer, la mujer repitió la misma oración un poco más alto, hasta gritarla desgarrándose la garganta.

—Arcángel Rafael, acércala, bendito seas.

A la novena gota, la bruja se levantó de su silla de un respingo y me arrebató la polvera de las manos. Apoyándose en sus senos, caminó alrededor de la mesa murmurando palabras que no llegué a distinguir.

De repente se paró en seco y sonrió, mostrándome una ristra de dientes amarillentos.

—Carina está en Comodoro —exclamó—. Estuvo cerca tuyo varias veces, por eso tuviste esa sensación de estar a punto de encontrártela.

—¡Lo sabía! —festejé, elevando la mirada—. ¿Dónde está?

—Eso no lo sé. Lo que tenés que hacer ahora es llevar esta polvera con vos en todo momento. Incluso cuando te vayas a dormir, quiero que la pongas debajo de la almohada. Si me hacés caso, te la vas a encontrar pronto. Presiento que será en un lugar con mucha gente.

—¿En serio? ¿Usted me lo asegura?

—Por supuesto. No te puedo decir exactamente cuándo ni dónde, pero pasará.

Asentí con la mirada fija en la polvera todavía en manos de la mujer. Luego me volví a acomodar los anteojos y levanté la vista.

—No creo que me la encuentre —dije.

—Claro que sí. Es más...

—De hecho, es imposible que me la encuentre.

La mujer me miró por un instante, desconcertada.

—¿Por qué?

—Porque Carina se mudó a Canadá hace años.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

Sus dedos ahora hacían girar la polvera a toda velocidad.

—¿Y por qué me acaba de asegurar que me la voy a encontrar? —respondí, preguntándome cuánto faltaría para que la bruja soltara la frase infame.

—No sé. Lo veo clarísimo. Quizás Carina tiene planeada una visita a la Argentina pronto, o quizás le surja un viaje imprevisto. ¿Tiene familiares acá, no?

—No me la voy a encontrar porque Carina está muerta.

La polvera se detuvo de golpe, y la mujer me fulminó con la mirada.

—¿A qué estás jugando? —preguntó.

—Yo, a nada. ¿Y usted?

—¿Por qué no me dijiste que esa chica estaba muerta? ¿Por qué me mentiste?

—Lo mismo le pregunto yo a usted. ¿Por qué le miente así a la gente? ¿Por qué les cobra para decirles lo que quieren escuchar? Mi pregunta fue clara: vine a saber si Carina Alessandrini estaba viva y usted me dijo que sí. Sin embargo, yo sé que lleva dos años muerta y enterrada en Canadá.

—Pero esto no es tan simple. Si no creés, es imposible que mis poderes funcionen.

Ahí estaba. La frase de siempre. El salvoconducto de todos los charlatanes.

—¿O sea que el problema es la falta de fe?

—Claro.

Me incliné hacia un costado de la silla y saqué de mi mochila otra fotografía. Aunque la conocía de memo-

ria, volví a acomodarme los anteojos y detuve la mirada en ella por unos segundos. Luego la alcé hacia la bruja.

—¿Y qué me dice de esta niña? ¿La recuerda?

—No —respondió, apenas mirándola.

—Se llamaba Magdalena Peralta y a los cinco años le diagnosticaron leucemia. Hace siete meses, cuando los médicos dijeron que no había forma de salvarla, sus padres vinieron a verla a usted a esta misma casa. ¿De eso tampoco se acuerda?

—No —dijo, arqueando la boca hacia abajo.

—No hay problema, yo le refresco la memoria. Usted le prometió a esa gente que le curaría el cáncer a su hija, pero que no sería barato. Si me informé bien, vendieron el coche para pagarle. ¿Ellos tampoco tenían fe?

Los ojos marrones de la bruja rezumaban odio. Tuve que hacer un esfuerzo para sostenerle la mirada.

—Andate de mi casa.

—¿Cuánto le debo, señora, por ayudarme a encontrar a alguien que está muerto? ¿Vale más barato o más caro que romperle el corazón a una familia?

—Andate de mi casa, hijo de puta —gritó, tirándome la polvera con todas sus fuerzas.

Atiné a agacharme. El objeto se estrelló contra la pared a mis espaldas y cayó al suelo en pedazos.

—A partir de ahora no vas a tener un segundo de paz —me espetó, señalándome con el dedo.

Con los ojos encendidos, gritó una y otra vez la misma frase.

—Te maldigo. Te deseo el mal y la muerte. Para ti y los tuyos, el infierno. Te maldigo...

Sonriendo, le tiré un beso con la mano. La mujer interrumpió su maldición para mirar a su alrededor y levantó el cuenco con agua donde se quemaba el incienso. Yo agarré mi mochila y corrí hacia la puerta. Justo antes de abrirla, sentí al mismo tiempo el golpe del cuenco en el hombro y el agua mojándome la espalda.

Sin mirar atrás, abandoné la casa de la famosa Bruja del Kilómetro Ocho.

Al salir a la calle, el viento invernal me heló la espalda mojada. Mientras corría hacia mi coche, me pregunté cuántas visitas tendría mi web cuando subiera el video que acababa de grabar con la cámara oculta que llevaba en los anteojos.

CAPÍTULO 2

Frente al espejo del camarín, el hombre practicó varias sonrisas. Luego dio un paso hacia atrás y se observó de arriba abajo. No había nada que hacer, concluyó, Armani hacía los mejores trajes del mundo.

Sacó del bolsillo una diminuta bolsa de plástico y vertió su contenido sobre el estuche de los cosméticos con que lo habían maquillado hacía diez minutos. Contempló por un instante la montañita de polvo blanco antes de sacar de su billetera la tarjeta de crédito y un billete de cien. Decidió hacer dos rayas.

Con el billete enrollado en la nariz, se acercó a las líneas blancas hasta tenerlas tan cerca que las vio borrosas. Entonces la puerta del camarín se abrió de par en par. Por el rabillo del ojo, reconoció la figura corpulenta recortada en la puerta.

—¿Qué querés, Lito? —dijo sin levantar la cabeza, y aspiró con fuerza la primera raya.

—Perdón por la interrupción, pero me acaban de llamar del Club Huergo, en Comodoro Rivadavia. La comisión directiva está reunida y quiere confirmar si vamos a agregar una segunda presentación, porque las entradas para la primera están agotadas.

—¿Cuánta gente cabe? —preguntó, girando entre los dedos un gemelo de oro con forma de letra M.

—Dos mil. Es una cancha de básquet con escenario a un costado.

El hombre multiplicó mentalmente lo que ganaría en su presentación en la ciudad más cara de la Argentina.

—Hagamos una solamente, para asegurarnos de que esté bien llena. Los dejamos con las ganas durante

un par de meses y después volvemos y hacemos la otra. ¿Algo más? —preguntó con la mirada en la segunda raya.

—Sí. La banda ya va por la sexta canción. En cinco minutos tiene que salir al escenario. El teatro está a reventar.

—Perfecto. Decile a Irma que me vaya anunciando.

Cuando Lito cerró la puerta tras de sí, el hombre notó la luz intermitente en su teléfono, junto a la tarjeta de crédito.

Era un email de la editorial que publicaba su autobiografía. Le decían que quedaban pocos ejemplares y que reimprimirían veinte mil más. Al terminar de leerlo, aplaudió tres veces en el camarín vacío, se felicitó a sí mismo en voz alta y aspiró la segunda raya de cocaína.

Ensayando una última sonrisa frente al espejo, el pastor Maximiliano se persignó y salió al escenario.

CAPÍTULO 3

—La próxima clase hacemos el trabajo práctico de algoritmos recursivos, que es el último tema que entra en el examen final —dije, y me puse a borrar el pizarrón blanco que había llenado de números, flechas y funciones escritas en Java.

A mis espaldas, oí a los casi cien estudiantes levantarse de sus sillas y abandonar a toda prisa el aula once de la Universidad Nacional de la Patagonia.

Para cuando me metí en la mochila la computadora y las fotocopias que había usado para dar la clase, en la sala sólo quedábamos una alumna de unos treinta años y yo. La vi abrirse paso desde el fondo, apartando sin prisa las sillas y mesas que sus compañeros habían desordenado durante la estampida.

—¿Ricardo Varela? —me preguntó al llegar a mi escritorio.

—Sí.

—Excelente clase, te felicito.

—Gracias —respondí, algo extrañado.

Mis alumnos no solían tutearme, ni mucho menos felicitarme por la clase. De todos modos, me dije, la mujer frente a mí tenía poco en común con el estudiante típico de mi clase de Estructuras de Datos y Algoritmos. Para empezar, tendría mi edad, o a lo sumo un par de años menos.

—¿Puedo hacerte unas preguntas? —me dijo.

—Las clases de consulta son martes y jueves de diez a once.

—No te ofendas, pero no tengo ningún interés en tu clase. No soy una alumna.

—¿Y entonces de qué son las preguntas?

—Sobre tu sitio web.

—¿*Estructuras de Datos y Algoritmos*? En realidad no es *mi* sitio web. Yo lo administro, pero es la página web de la asignatura.

—Ya te dije que, con todo respeto, no estoy acá para hablarte como profesor de universidad. Me refiero a tu sitio web personal. *Cazador de Farsantes* se llama, ¿no?

Al oír aquello, me quedé paralizado. Las palabras me salieron sin fuerza, incapaces de convencer a nadie.

—¿*Cazador de Farsantes*? No sé qué es eso.

La mujer sonrió y asintió con la cabeza. Su gesto era casi de camaradería. Buen intento, decía, pero no te va a servir.

—Por supuesto que sabés de qué te hablo. Por cierto, excelente tu último trabajo con la Bruja del Kilómetro Ocho. Esa mujer lleva años robándole plata a la gente.

Sentí que las mejillas se me calentaban de a poco.

—Me parece que te estás confundiendo —insistí.

La mujer se metió los pulgares en los bolsillos del pantalón y dio unos pasos lentos hasta sentarse en una de las mesas de la primera fila.

—Podríamos ahorrarnos todo esto —sugirió—. Además, tampoco es para tanto. No voy a revelar tu secreto a nadie. Sólo quiero charlar un rato. A lo mejor hasta te cuento algo que te puede interesar.

En ese momento, un alumno entró al aula y empezó a buscar algo debajo de la mesa en la que había estado sentado durante la clase.

—Vení conmigo —dije, resoplando, y salí de la sala con paso apurado.

CAPÍTULO 4

Bajamos las escaleras del edificio de la universidad hasta el primer subsuelo y nos metimos en la biblioteca. La mujer me siguió hasta la enorme sala de lectura, donde decenas de estudiantes encorvaban la espalda sobre libros de texto. Los únicos sonidos en aquel lugar eran el zumbido de la calefacción y nuestros pasos retumbando en las paredes.

Señalé una pequeña sala de reuniones.

—¿Quién sos? —le pregunté, cerrando la puerta.

—Ariana Lorenzo —respondió extendiéndome una mano casi esquelética.

Antes de sentarse en una de las cuatro sillas, se quitó el abrigo. Tenía piernas y brazos largos y huesudos, y debajo de la camisa apretada se adivinaban apenas dos bultos mínimos. A pesar de que era tan alta como yo, estimé que Ariana Lorenzo no pesaría más de cincuenta kilos.

—Soy periodista, trabajo para *El Popular*.

Sin decir nada, me senté y apoyé los codos sobre la mesa que nos separaba. Sobre ella, la mujer puso una tarjetita con sus datos y la empujó hacia mí con sus dedos de uñas mordidas. No la levanté.

—En primer lugar, dejame decirte que admiro mucho lo que hacés desde tu web. Hace meses que sigo *Cazador de Farsantes* y para mí es un honor haberte encontrado.

—¿Podemos ir al grano? No creo que *El Popular* te haya hecho viajar dos mil kilómetros desde Buenos Aires para felicitarme por mi página.

—No me hicieron viajar. Soy de Comodoro, igual que vos. Trabajo para el diario desde acá, cubriendo el centro de la Patagonia.

—¿Cómo me encontraste?

—Me gano la vida encontrando cosas bien escondidas.

—Bueno, acá estoy. ¿Me vas a contar por qué el diario de mayor circulación del país te manda a verme?

—Sí, aunque no me manda nadie. Te vine a ver por iniciativa propia. Quiero hacerte una propuesta.

Alcé la vista hacia los ojos de la periodista. Eran enormes. Quizás demasiado grandes en relación a su cara y su cuerpo. Los hubiera encontrado bonitos de no ser porque los iris oscuros se movían de un lado al otro, nerviosos, como los de un animal alerta.

—Vine a verte porque quiero que me ayudes a desenmascarar al Cacique de San Julián.

Al oír aquel nombre, sentí que algo me apretaba el estómago. Levanté de a poco la mirada hacia la periodista.

—¿El Cacique de San Julián? —repetí.

—Sí, hace años que vive y atiende en Comodoro. Sabés quién es, ¿no?

Asentí, y me pregunté si sería casualidad que aquella mujer me hablara justamente a mí del Cacique de San Julián. Tenía que ser casualidad, concluí. Incluso para alguien que se ganaba la vida encontrando cosas escondidas, la probabilidad de que hubiera descubierto mi vínculo con ese hombre era bajísima.

—¿Vos tenés idea de con quién te querés meter?

—Claro. Con el brujo más famoso de todo Comodoro. Al que consultan varios políticos, empresarios, altos rangos de la policía. Acá tengo una lista.

La mujer apoyó un bolso sobre la mesa, pero cuando empezó a abrirlo puse la mano sobre él para impedirselo.

—¿Por qué me venís a ver a mí?

Ariana me miró desconcertada.

—Porque no hay mucha gente que comparta tu hobby. Además, no me digas que no te interesa ridiculizar al más grande de todos.

—Lo que no me interesa es que se repita la historia. Un muerto ya es suficiente, ¿no te parece?

CAPÍTULO 5

Al oír la melodía de acordes largos con la que siempre lo anunciaban, el pastor Maximiliano entró al escenario con los brazos en alto. La luz de un reflector colgado del techo lo obligó a entornar los ojos. Aunque no podía ver al público que lo ovacionaba, le dedicó una sonrisa.

Se detuvo en el centro del escenario, sobre dos tiras de cinta blanca en forma de cruz pegadas al piso. Cerró los ojos, se persignó y se llenó los pulmones del aire viciado por las tres mil personas que habían cantado y aplaudido las canciones de la banda.

El reflector que le iluminaba la cara por fin se apagó. Como siempre, algunos lo saludaban de pie, con las manos en alto, y otros se persignaban repetidamente. Dio unos pasos hacia adelante y esperó delante del micrófono a que hicieran silencio.

—Buenas noches, Trelew. ¿Cómo están? ¿Listos para combatir este frío patagónico con el calor que nos ofrece el Señor? —dijo, y recibió una pequeña ovación—. Antes de empezar, démosle un aplauso enorme a la banda de músicos excepcionales que me acompaña esta noche.

Haciendo palmas sin demasiado entusiasmo, el pastor se giró hacia la banda y presentó uno por uno a los músicos. El baterista, el bajista y el guitarrista estaban empapados de sudor. Irma, por el contrario, tenía la ropa y el maquillaje impecables. Esa elegancia era uno de los motivos por los que se había casado con ella hacía nueve años. Le guiñó un ojo y su esposa le devolvió una

sonrisa enorme, tan falsa como las que él acababa de ensayar frente al espejo del camarín.

—¿Lo sienten? —preguntó el pastor cuando la banda terminó la canción—. ¿Sienten la presencia de Jesucristo entre nosotros esta noche?

Su voz retumbó en las paredes del teatro en silencio.

—Yo sí que la siento —añadió, levantando una mano a la altura de sus ojos, con la palma apuntando hacia abajo—. Fíjense cómo me tiembla. Me pasa cada vez que el Señor viene a mí y me empuja a ayudar a mis hermanos. Repitan conmigo: Jesucristo, escuchame esta noche y te seré fiel para toda la vida.

—Jesucristo, escuchame esta noche y te seré fiel para toda la vida.

El pastor miró el agujero en el suelo delante de él, en el que un televisor le mostraba lo que el público veía en las pantallas gigantes que Lito había instalado a ambos lados del escenario. Sonriendo, abrió los brazos y formó con su cuerpo una cruz. A sus espaldas, unas letras doradas plasmaban su nombre sobre el telón de terciopelo azul. Se alejó un paso del micrófono e inspiró ruidosamente por la nariz, llenándose el pecho de orgullo.

Que empiece la función, se dijo.

CAPÍTULO 6

Ariana Lorenzo jugueteó con la tarjeta que había dejado sobre la mesa, haciéndola girar entre los dedos. Detrás de ella, del otro lado de la puerta de vidrio, un chico de anteojos y pelo largo escribía a toda velocidad sobre una de las mesas largas de la sala de lectura.

—Supongo que con lo del muerto te referís a Gondar, ¿no? —preguntó la mujer.

Asentí. Javier Gondar era un periodista que escribía para *La voz de la Patagonia*, un diario de Caleta Olivia. Yo lo había conocido hacía más o menos dos años en un curso de escritura creativa. Durante un recreo él me había comentado que quería escribir una novela de terror, y yo le había hablado de mi idea para una de ciencia ficción. Después de aquel curso nos habíamos visto una sola vez, en un bar en el que terminamos tomando cerveza hasta las tres de la mañana. Sobre el final de la noche, él me contó sus problemas y yo le confié lo de Marina como si hubiésemos sido amigos de toda la vida.

Intercambiamos direcciones de email y nos agregamos en Facebook con la intención de pasarnos los manuscritos cuando estuvieran listos. Después perdimos el contacto. Yo oculté sus publicaciones en Facebook y supongo que él ocultaría las mías.

Nunca terminé el primer borrador porque por esa época Marina empeoró y no volví a sentarme a escribir. Supongo que él tampoco, porque seis meses después de nuestro breve encuentro apareció con los bolsillos vacíos y un balazo en la frente a tres cuadras de su casa.

No fue su asesinato en sí lo que atrajo el interés de toda la Patagonia, sino un video publicado en YouTube el

día después, donde Gondar mismo explicaba a la cámara que tenía miedo por su vida y pedía que si le pasaba algo, investigaran al Cacique de San Julián.

—Por supuesto que me refiero a Gondar —dije.

—Nunca se comprobó que el Cacique fuese responsable de su muerte.

—No importa. Incluso suponiendo que no tuviera nada que ver, lo que hizo cuando salió a la luz ese video demuestra que es un tipo jodido.

Cuando el caso de Gondar comenzó a tener repercusión y todos los ojos se posaron sobre el Cacique de San Julián, el brujo se dedicó a repetir ante cuanto micrófono y fiscal se le puso enfrente que él había matado al periodista con un trabajo de magia negra. Aunque sus declaraciones recorrieron el país, nunca sirvieron de nada en un juzgado. El Cacique tenía pruebas de sobra de que el día del asesinato había estado en Buenos Aires.

—Es tan jodido que aprovechó lo de Gondar para promocionarse —agregué.

—Y como estrategia de marketing le vino genial. ¿Sabías que tiene la agenda completa hasta dentro de dos meses? Tuve que cobrar más de un favor para conseguir un turno para la semana que viene.

—Supongo que tenés pensado ir a hacerle una consulta para escribir tu artículo.

Ariana volvió a dejar su tarjeta sobre la mesa y le puso una mano encima con fuerza. Al levantar la mirada, me sonrió.

—No, en realidad no. De hecho, para que mi plan funcione yo soy la única persona en el mundo que no puede ir.

—No te entiendo.

—Ricardo —dijo con voz suave—, te vine a ver para pedirte que seas vos quien vaya a verlo la semana que viene y grabes todo con una de tus cámaras ocultas. Quiero que le llesves una foto mía, o un mechón de pelo.

Lo que sea. Y que le encargues que me mate con magia negra.

Los ojos huidizos de Ariana alternaban entre los míos y la mesa que nos separaba.

—¿Vos estás loca? Estamos hablando de un tipo peligroso. Con o sin magia negra, el último que intentó investigarlo terminó con una bala en la cabeza.

—Sabía que me ibas a responder eso. Plan B, entonces. Podemos pedirle que mate a alguien que vive en la otra punta del mundo. No sé... Nueva Zelanda. Lo importante es demostrar que la supuesta magia negra de este tipo no funciona.

Los paneles de aislante acústico que cubrían las paredes de la pequeña sala absorbieron mi carcajada.

—Pensé que te parecería una buena idea.

—¿Vos lidiaste con esta clase de gente antes?

—No —admitió.

—En esta ciudad hay cientos de personas a las que el Cacique les hizo un trabajo de magia negra y no se murieron, y sin embargo la gente sigue yendo a verlo. Estos vendehúmos tienen mil y una formas de justificarse cuando sus trabajos no funcionan. Dicen que el cliente no tiene suficiente fe, por ejemplo, o que la víctima goza de una protección que primero hay que romper. Eso hay que pagarlo aparte, obvio.

—Pero lo que yo te estoy planteando es exactamente lo mismo que hacés vos en tu web.

—No. Yo intento que me digan a la cara una mentira que puedo comprobar. Siempre algo del presente o del pasado, porque del futuro la tienen muy fácil para escaparse. Además, soy un aficionado, ¿entendés? Videntes, tarotistas, curanderos, ese tipo de fauna.

—¿Y por qué? —preguntó Ariana.

La miré extrañado.

—¿Por qué hacés esto? —aclaró—. ¿Qué te motiva a desenmascarar a esta gente en tu tiempo libre, cuando podrías estar disfrutando de la vida?

Disfrutando de la vida, pensé, y sonreí para mí mismo. Ya no me acordaba de qué significaba aquello. Hacía casi dos años que lo más parecido a la alegría que sentía eran mis pequeñas victorias contra ese ejército de hijos de puta. Pero alegría de verdad, no sentía desde lo de Marina.

—¿Y vos quién carajo te creés que sos para darme consejos de cómo vivir?

Dije aquello en un tono algo alto, y el estudiante de pelo largo se incorporó para mirarnos. Después de todo, el aislamiento acústico de la salita no era perfecto.

—Perdoname, pero no te puedo ayudar —agregué, más calmado.

—Está bien —dijo Ariana, levantándose de la silla—. Disculpame que te haya molestado. Lo tuyo es un hobby y lo mío es una profesión. Vos seguí avergonzando a brujos de poca monta y tarotistas de barrio.

Después de decir esto, la periodista agarró sus cosas y se fue sin saludar.

Me eché hacia atrás en la silla y miré al techo. Había algo en la actitud de esa mujer que me hacía preguntarme si sabía más de lo que decía. La forma en que se había extrañado —indignado, casi— cuando le dije que no quería meterme con un tipo así. ¿Por qué le parecía tan raro que me diera reparo un hombre que era sospechoso de haber matado al último que intentó investigarlo?

Me pregunté si era posible que Ariana Lorenzo se hubiera enterado de que yo odiaba a ese brujo más que a nadie y que era por él que había empezado con los videos en mi web.

Y también me pregunté si sospechaba que la charla que tuve con Javier Gondar la noche que nos emborrachamos fue lo que realmente terminó costándole la vida.

¡Muchas gracias por leerme!

Espero que te hayan gustado estos primeros capítulos. La presentación de la novela será a fines de marzo en Puerto Deseado y en Comodoro Rivadavia. Además, a partir de abril estará disponible en todo el mundo tanto en papel como en versión ebook.

Por cierto, si lees en un Kindle y no querés esperar ni un día más del necesario, ya podés conseguir *Cazador de Farsantes* en la preventa de Amazon y lo recibirás automáticamente el primero de Abril: <http://myBook.to/cazadorDeFarsantes>.

Por último, te recomiendo que te suscribas a mi lista de correo en www.cristianperfumo.com (si es que todavía no lo hiciste). De esa manera, me das una forma de avisarte la próxima vez que publique una historia.

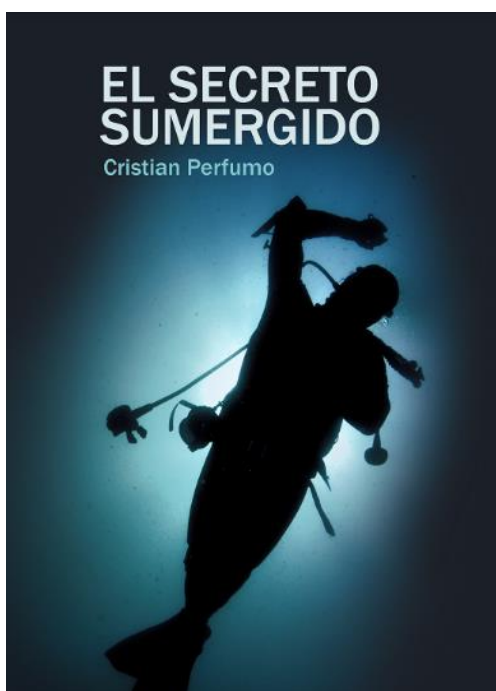
¡Hasta pronto!

Cristian Perfumo

EL SECRETO SUMERGIDO

Basada en una historia real. ¡Miles de ejemplares vendidos en todo el mundo!

Marcelo, un joven buzo aficionado, busca en las aguas heladas de la Patagonia el lugar exacto del hundimiento de la Swift, una corbeta británica del siglo XVIII. Cuando la persona que más sabe del naufragio en todo el país aparece asesinada con un mensaje extraño en el regazo, Marcelo descubre que su



inocente pasatiempo constituye una amenaza enorme para cierta gente. No sabe a quién se enfrenta, pero sí que compite con ellos por reflotar un secreto que, después de dos siglos bajo el mar, podría cambiar la historia de aquella parte remota del planeta. Encontrarlo será difícil. Seguir con vida, aún más.

www.cristianperfumo.com

DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA

Verano de 1983:

En una casa de campo de la Patagonia, a quince kilómetros del vecino más próximo, uno de los candidatos a intendente de Puerto Deseado despierta tirado en el suelo. No tiene ni un rasguño, pero su pecho está empapado en sangre y junto a él hay un cuchillo. Desesperado, se levanta y busca a su amante por toda la casa. Viajaron allí para pasar un fin de semana juntos sin tener que esconderse de los ojos del pueblo. Todavía no sabe que ya nunca volverá a verla. Ni que la sangre que le moja el pecho tampoco es de ella.



Hoy:

Nahuel ha pasado casi todos los veranos de su vida en esa casa. Por casualidad, un día encuentra una vieja carta cuyo autor anónimo confiesa haber matado a la amante del candidato. El asesino deja planteada una serie de enigmas que, de ser resueltos, prometen revelar su identidad y la ubicación del cuerpo. Entusiasmado, Nahuel comienza a descifrar las pistas pero pronto descubre que, incluso después de treinta años, hay quienes prefieren que nunca se sepa la verdad sobre uno de los misterios más intrincados de aquella inhóspita parte del mundo.

¿Qué pasó con Fabiana Orquera?

www.cristianperfumo.com